

Reportaje

El sentido cristiano del sufrimiento

Los múltiples rostros del sufrimiento humano

El hombre desarrolla su existencia a través muchas situaciones y experiencias. Algunas son positivas y bellas, otras obscuras y dolorosas.

Las experiencias negativas tienen rostros diversos. Está el *mal de la naturaleza* que se expresa en catástrofes y epidemias, muertes tempranas y tribulaciones. Está el *mal "responsable"*, en donde el hombre es víctima y artífice o verdugo, de aquello en amplia escala, como el genocidio y las torturas, la injusta repartición de los recursos, la opresión sistemática y programada, a lo que es el *mal "cotidiano"*, hecho de agresividades y de celos, de mezquindades y de individualismos. No hay que ignorar, tampoco, el *mal de carácter psíquico* que se expresa con depresión, aburrimiento y a menudo desemboca en el abuso de drogas, alcohol o el suicidio.

¿Por qué?

La humanidad buscó siempre encontrar una respuesta al porqué de sus tribulaciones, tal vez con explicaciones fatalistas, tal vez buscando a un culpable, o evadiendo la realidad, o culpando a espíritus malos, tal vez acusando a Dios, tal vez llegando a la conclusión que Él no existe. La humanidad optó también por resignarse con heroísmo o ignorar la realidad que ocasionaba el sufrimiento. ¿Mas es posible no pensar en esto?

La vida está hecha de luces y de sombras, de claroscuros en donde el oscuro puede percibirse porque hay luz. Así para el dolor: se experimenta porque antes estuvimos en el gozo. Cuanto más una persona experimentó la alegría de la existencia, tanto más es ofendido por la repugnancia del mal.

Y cuando el sufrimiento se asoma a la vida humana, provoca crisis, una confrontación con nosotros mismos. Y si la enfermedad es seria, o la situación llega a ser grave, la sensación de miedo puede transformarse en sentido de "abandono", de traición a la vida y de "rechazo" a ella.

Una respuesta "humana"

Podemos apreciar, ante todo, lo que el dolor enseña en un nivel meramente humano.

En primer lugar enseña a *valorar la salud* – las actividades de comer, dormir, caminar, gozar por la vida – y nos hace caer en la cuenta de que todo en la vida es muy *relativo*: dinero, riquezas, placer, el poder, los títulos, el prestigio.

Además, el sufrimiento nos alienta a dar importancia a las *cosas pequeñas*: una sonrisa, una palabra. Nos lleva a ser *realistas* y *responsables* frente a la vida. El dolor, la enfermedad,

aportan realismo a un mundo consumista que con frecuencia vive de ilusiones caducas y pasajeras. Nos muestra que *ser persona* es más importante que el "tener cosas".

Nos enseña a *sentir la necesidad de los demás*. La enfermedad rompe los mitos y las ilusiones que crean el bienestar, la eficiencia, la ambición y el poder. Nos hace apreciar cuánto vale tener una persona a tu lado, que esté contigo en los momentos difíciles. El sufrimiento engendra solidaridad, es decir, una plataforma sólida, firme, sobre la que puede construirse una auténtica amistad. Entonces, apreciamos lo que supone tener a otra persona que te escuche; que te diga unas palabras; que sepa callar junto a tu silencio; que no acuda a frases hechas que no dicen nada. Valoramos lo que supone sentir que el otro se te acerque, te quiera, te respete, no te deje solo. Apreciamos que los demás sepan respetar tu intimidad y puedas confiar en ellos plenamente. Valoramos que alguien a tu lado sepa respetar tus creencias religiosas, aunque no las comparta.

Nos enseña, por fin, a devolver su significado a determinados *valores* que hoy están en crisis: la *humildad* ante la fragilidad humana; la *paciencia* para afrontar dificultades y momentos dolorosos; el *aprecio y el respeto por la salud y la vida*; la *solidaridad* y la atención a las necesidades de los hermanos, venciendo el propio egoísmo.

Para el mismo enfermo es ocasión de reflexión sobre su vida, es tiempo de cambio de actitudes frente a la existencia, es *escuela de madurez* frente a comportamientos egoístas o narcisistas, es una ocasión para valorar más a los demás - en particular las personas que los cuidan, muchas veces las mujeres -, es tiempo de descubrimiento de nuevos valores como la sencillez, la paciencia, la solidaridad, es ocasión de conversión y purificación de estilos de vida equivocados - "ya nada es igual que antes" -, es toma de conciencia de nuestra propia condición de criaturas.

La luz de la Sagrada Escritura

Podría parecer extraño y raro, pero los Evangelios no reportan ninguna fórmula o discurso de Jesús como explicación del sufrimiento, de las enfermedades, del mal. En las sagradas escrituras no están consignadas palabras de "resignación" por parte de Jesús. Él se empeñó en manifestar palabras y obras para que fueran vencidas las causas del mal.

Y tampoco, Jesús buscó para sí mismo el sufrimiento. Cuando no pudo evitarlo, porque estaba en el camino de la fidelidad a la voluntad del Padre, se sometió a él. Lo que marcó la diferencia, fueron las actitudes con que Él afrontó su sufrimiento: con amor, capacidad de perdón, con fidelidad en los valores que desde siempre había anunciado y testimoniado. El dolor no lo detuvo, no le hizo cambiar dirección de marcha.

Las palabras de la institución de la Eucaristía, manifiestan bien la disposición del corazón de Jesús y su intención profunda: "Tomen, coman, éste es mi cuerpo", "Beban todos de él, porque ésta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos para perdón de los pecados". Toda su vida es una vida para los demás. Se encuentra este mismo mensaje cuando se nos calla y se escuchan las palabras del crucifijo. También Jesús, como Job,

repite su “porqué”. Y Él ciertamente es la víctima inocente del pecado ajeno y no cesa de amar y perdonar aún cuando lo clavan en la cruz.

Jesús da una respuesta experiencial al sufrimiento. Lo asumió: nos mostró que no es la realidad más negativa. Lo más negativo y destructivo, lo que verdaderamente destruye la dignidad de la persona humana, lo que *mata lo humano en nosotros* es la falta de amor, de solidaridad, los sentimientos de venganza y violencia.

Podríamos decir que Jesús desvirtuó el sufrimiento, le quitó su dimensión destructiva. Nos enseñó que el amor todo lo vence, también al dolor y a la misma muerte.

Nuestro dolor está redimido

El hombre hace experiencia de la participación de Dios mismo al dolor. Dios no sólo está cerca o alrededor: está “en” el dolor humano, es presencia interior, amante y silenciosa. En Cristo que sufre se nos revela hasta qué punto Dios es amor, y amor “para con nosotros”, para liberarnos de la esclavitud, de la muerte y pecado. Las llagas del crucificado permanecerán impresas en su cuerpo después de la resurrección como sello de su amor.

También los discípulos tuvieron fatiga a seguir al Maestro cuando hablaba del sentido que tiene el sufrimiento en el designio del Padre. ¿Quién no recuerda el encuentro de Emaús? El misterioso viajante se acerca a los jóvenes desilusionados, los reanima “explicándoles lo que se refería a Él en todas las Escrituras, es decir, que tenía mucho que sufrir para entrar en su gloria”. No sabemos cuál *Evangelio del sufrimiento* les contó el Señor; sabemos que luego “les ardió el corazón en el pecho”, “se abrieron sus ojos”, reconocieron al Maestro, retomaron confianza en la vida y el gozo de compartirla con la comunidad.

El sufrimiento humano sigue siendo *un misterio*, algo que no comprendemos de manera adecuada, algo que nos asusta y llena de angustia. Al mismo tiempo, después del Misterio Pascual de Jesucristo es un *misterio luminoso*, iluminado por la experiencia de Jesús y abierto a la vida nueva de la Resurrección.

Dios *permite el sufrimiento*. Esto no significa de la manera más contundente que lo *quiera* o lo *mande*. A través de su Hijo nos enseña que quiere aliviar el dolor, con nuestra solidaridad, potenciando nuestra inteligencia, con un Reino de justicia, amor y paz. Sí, permite el sufrimiento, porque *permite* nuestra libertad. Esta es una dinámica que probamos también nosotros: muchas veces sabemos, no estamos de acuerdo y permitimos; no significa que lo “queremos” o seamos cómplices del mal.

Muchas veces decimos que “es la voluntad de Dios”, que “debemos cumplir con la voluntad de Dios”, que “no se puede escapar de la voluntad de Dios”. Son todas expresiones en sí mismas correctas. El punto es establecer cuál es verdaderamente esta “bendita” voluntad. La sagrada Escritura nos socorre: fundamentalmente, la voluntad de Dios no es algo misterioso, caprichoso o voluble. La voluntad de Dios es clara: que todos nosotros, hombres, conozcamos a Jesucristo y por medio de Él nos acerquemos al Padre. La voluntad de Dios es que seamos hijos de Dios y por lo tanto hermanos entre nosotros. La voluntad de Dios es el amor hacia Él y el prójimo. La Sagrada Escritura nos enseña que el Señor nos invita a hacer su voluntad en todas las situaciones existenciales y también en el tiempo de la enfermedad.